

Ramón J. Sender

# EL BANDIDO ADOLESCENTE



Es la historia de William H. Bonney, alias Billy el Niño, ese personaje legendario que se inició en la delincuencia recién salido de la niñez y que murió acribillado por las balas a la temprana edad de veintidós años. Frío, dotado de un valor rayano en la inconsciencia, cruel y despiadado con sus enemigos, pero amigo leal de sus amigos, el pistolero de «mejillas como las de una niña» era a un tiempo primitivo y complejo, y su carácter una amalgama de hombría brutal, salvajismo asesino, pasiones aborrecidas y una rara entrega.

## I

Es sabido que entre 1870 y el final del siglo, el hombre se hacía su propia ley en los territorios de New México (EE. UU.) con la pistola y el rifle. El que tenía mejores armas y mejores nervios se imponía. Era precisamente lo que sucedió por algún tiempo con Billy the Kid.

Representaba Billy la ley natural en un país y en un tiempo —tan reciente, por otra parte— en que el derecho escrito apenas si existía. Era Billy the Kid ese brazo del instinto social que precede históricamente en todos los pueblos al establecimiento de alguna clase de orden jurídico. El rifle hacía la ley y a veces la ley era casi razonable.

Billy the Kid, cuyo cráneo me enseñaron en varias aldeas creyendo en todas ellas poseer el verdadero y genuino, se llamaba William H. Bonney. Nació en la ciudad de Nueva York el 23 de noviembre de 1859 en tiempos en que los tranvías arrastrados por caballos eran una novedad que hacía escribir hermosas tiradas bíblicas a Walt Whitman. Cuando los *ferry-boats* que comunicaban a Manhattan con las islas próximas representaban la última palabra del progreso.

Del padre de Billy se tienen pocas noticias. Murió antes de que Billy llegara a la edad de varonía. Se sabe que lo mismo el padre que la madre eran irlandeses de nacimiento y justificaban la fama de gallardía y belleza física que suelen tener los naturales de Irlanda. El padre de Billy anduvo por Manhattan algunos años conduciendo grandes carros de cerveza con caballos percherones de anchas patas peludas. Y siempre llevaba un barril con el precinto de la espita roto.

Infausta circunstancia: Billy the Kid tenía el mismo tipo de belleza equívoca que tuvo Oscar Wilde y aproximadamente la misma edad. Era tres años más joven. Pero sólo se parecían en eso, como se puede suponer. No había en Billy esteticismo decadente alguno. En 1862 la familia formada por el padre, la madre y dos niños, de los cuales Billy era el mayor, emigraron a Coffeyville, en Kansas, buscando el sur y el oeste, donde el clima y el dólar eran propicios. Poco después de llegar, el padre, con su repuesto de cerveza a bordo, murió de pulmonía y la madre con; sus dos bebés siguió sola el viaje y se trasladó a Colorado viajando en carretas de mulas o a pie y llorando y rezando. Era hermosa y joven y en Colorado se volvió a casar con un tal Antrim, hombre discreto y gris que evitaba la bebida y el juego y que los domingos se sentaba en el porche a leer la biblia. Buen trabajador, llevaba el sábado el jornal a casa intacto. Sólo se compraba una pastilla de tabaco para mascar.

Poco después de casarse otra vez la viuda volvieron todos a ponerse en camino hacia el sur, todavía en busca de tierras que fueran más benignas con los pobres —el clima menos riguroso— y se instalaron en New México. Allí vio Billy —cosa notable— los primeros indios verdaderamente salvajes, es decir pugnaces y peligrosos. Los ojos se le iban detrás de sus camisas chillonas, de sus caras imberbes y de las trenzas colgando sobre el pecho.

Se instaló la familia en las afueras de Santa Fe y el muchacho comenzó a odiar a su padrastro y a amar a su madre, pero no voy a hablar del complejo de Edipo aunque decepcione a alguno. Un detalle interesante que cita el mostachudo y honesto *sheriff* Garrett: a los seis o siete años el muchacho era el héroe del barrio, pero no por su violencia sino por su bondad y dotes naturales de seducción. Era un chico dulce, bondadoso, servicial. Aprendió con los pilluelos de piel oscura a hablar un español mejicano como se puede suponer y un poco arcaico. Decía *trujo* y *asina* y *denantes*. También decía *reñire* por *reñir*, do-

*lore por dolor y plebe por multitud*. Tenía a gala hablar español. Era un caballerito hispano-irlandés: un milenio rezagado de los que salieron de Iberia para Grecia y de Grecia para Irlanda seis siglos antes de la era cristiana.

No todo era dulzura en Billy. A los once años usaba ya con sus enemigos infantiles aquella amenaza tan frecuente entre los aventureros españoles del siglo XVI: «Me vais a soñar, hijos de puta». La dureza del vivir se anunciaba ya y le obligaba a tomar a veces acentos broncos.

Por entonces llevaba dos barajas en los bolsillos. Una española —oros, copas, espadas y bastos— y otra francesa. Las dos mugrientas e incompletas. Con ellas se jugaba sus pequeños bienes infantiles entre los que figuraban botones de uniforme militar, cortaplumas, estampas en colores y cartuchos quemados de revólver. También se jugaba la moneda de plata que le daba su madre los domingos.

Cuando el chico tenía once años, Antrim levantó otra vez el campo y la familia se trasladó a Silver City, más al sur todavía, en el condado de Grant (en New México), donde había minas de plata y de plomo. Y allí se quedaron. Hasta 1871 no dio el muchacho señales de inquietud o extravagancia que llamaran la atención. Lo que hacía era aguzar el oído cuando oía a los hispanoparlantes proclamar más o menos en serio sus pasadas glorias. Su madre le decía:

—Nosotros los irlandeses también venimos de españoles. Sólo que unos llegaron a Irlanda antes de Cristo y otros después del desbarate de la armada de Felipe II, como náufragos.

Habiendo peleado los españoles duramente con los indios en New México tiempo atrás, Billy comenzaba a considerar a los indios sus enemigos naturales y ya no los veía pasar con indiferencia sino echando en falta el caballo y el rifle. «Allí donde los ves, a los indios, tan modosos —solía decir a otros chicos—, cuando están fuera de la plaza no hacen sino pensar en una ocasión para caernos encima, atarnos de pies y manos y hacernos un *scalp*». Es decir, en

arrancarles a los blancos el cuero cabelludo y llevárselo como trofeo.

No se veía en Billy todavía al *desperado* que había de ser más tarde. Así dice al menos el *sheriff* Garrett. En el suroeste la gente de habla inglesa llama así —es decir, *desperados*— a los hombres que tratan de escapar a sus perseguidores después de haber hecho alguna fechoría grande. *Desperados*. La presencia de los españoles en el mundo ha dejado palabras que aluden frecuentemente a la violencia. Un *desperado* (es decir, desesperado) es lo que los yanquis llaman en su idioma un *gángster*. En inglés expresan con esa palabra la peculiaridad social del hombre. Un *gángster* es un hombre de *gang*, es decir de cuadrilla. Un *desperado* es una definición moral y además un tipo de criminal individualizado e individualista. Hay que distinguir entre el gregario violento y el verdadero héroe solitario que va y viene sin compañía entre el cielo y la tierra.

La madre de Billy era una rubia céltica y dulce. Se llamaba Kathleen y las amigas la llamaban Kitty (gatita). De estatura media, erguida y gallarda, graciosa, con facciones regulares, todo el mundo la estimaba. Los hombres como mujer y las mujeres como amiga. A un tiempo adoraba ella la hombría y recelaba de los hombres.

Se advertían en los once años del muchacho algunas cualidades de franqueza, lealtad y virilidad que en la mayoría de los jóvenes suelen aparecer más tarde. Y con ellas un atrevimiento que sorprendía a los otros si se presentaba una situación adecuada. Allí donde un zagal dos años más viejo no se atrevía a ir, allí entraba Billy de cabeza y salía bien. No siempre por las malas. Los viejos hispanos que tomaban el sol en el lado norte de la plaza durante el invierno y se reunían a la sombra del lado sur en verano se percataron en seguida de la existencia de aquel chico y lo distinguían con pequeñas atenciones, la mayor de las cuales consistía en tomarlo en serio y hablarle de igual a igual. Con ellos el niño hombreaba.

Le preguntaban por sus hazañas y Billy no las quería decir porque aquél u otro cualquier género de discreción le parecía muy de adulto.

Un curioso detalle cuenta el *sheriff*: «Nadie vio a Billy acercarse a una mujer, especialmente si era ya de edad, sin quitarse antes el sombrero. Y era un espectáculo notable verlo ayudar en la calle a alguna anciana que necesitaba asistencia. Los ojos de Billy ardían de respeto, emoción y piedad». En vista de todas estas circunstancias, ¿se podrá decir que Billy era un chico modelo? Tal vez lo habría sido en una selva virgen donde no hubiera otras normas que las de la naturaleza y cada cual tuviera que hacerse su ley. Pero vivía entonces en una ciudad que había perdido las antiguas leyes coloniales españolas sin adquirir el nuevo sentido civil todavía, es decir, el de los gringos, que llegó más tarde.

Atribuía la gente a Billy los méritos de sus padres. Era Kathleen una dama fina, atenta, bien educada y de tierna condición. Los *tenderfoot*, es decir, los individuos flojos para la lucha por la existencia, sabían que en último extremo hallarían en la cocina de Kathleen un plato de sopa. En cuanto a Antrim, aunque no era persona de mérito, nada se decía contra él —quizá por eso mismo.

Pero la tierna condición de Billy sólo se manifestaba con las damas y los ancianos y si alguien esperaba encontrarla por otro lado pronto se desengañaba.

Lo curioso del carácter de Billy es que a primera vista parecía un muchacho de pocas resistencias. Su rostro tenía líneas delicadas y sugería más bien un carácter apocado. Su dulzura natural y su belleza un poco feminoide en la edad impúber hacían que algunos se equivocaran con él. Y entonces Billy necesitaba corregir a los bravos que se permitían tomarlo a broma.

Billy no quería mucho a su padrastro. A veces se pregunta uno cómo es posible que no figure el nombre de Antrim en la lista de las víctimas del revólver o el puñal del

Kid. Lo que salvó a su padrastro fue probablemente el cariño de Kathleen.

Era Billy comprensivo y razonable y mostraba una inteligencia cultivada aunque su educación fue muy rudimentaria: leer, escribir y contar, lo que ofrecía la escuela primaria de entonces. Pero aprendió otras cosas en las rodillas de su madre. Kathleen era soñadora, creía todavía en los caballeros de Irlanda e Inglaterra y para ella el hombre ideal debía tener alguna clase de grandeza como los paladines de la Tabla Redonda. El chico asimiló de los labios de su madre alguna clase de inclinaciones románticas que no iban a ayudarle mucho, pero pronto aprendió también que el hombre valiente es el que dice la última palabra. (La primera la dice el tonto). Así su romanticismo se hizo realista y prudente desde el principio.

Los mejores amigos de Billy (a los cuales el muchacho fue leal) eran de origen hispánico. Si los anglos despreciaban a los *spicks* (así llamaban a los *spanish*) por su piel oscura, Billy the Kid los admiraba. Y cuando Billy se sentía en una situación esforzada, difícil o heroica hablaba español instintivamente. Los *spicks* eran alguien y los gringos nadie, si no lo demostraban explícitamente.

Por esas razones la gente hispana de New México quería a Billy. El poder de identificación del muchacho con el ambiente era prodigioso y si en otra atmósfera como Londres o París habría sido tal vez un político de genio o un artista, en New México fue un héroe violento. Era lo que traían los tiempos.

La primera aventura del muchacho fue digna del romanero. Una mañana de verano en Silver City la madre de Billy pasaba con su hijo por delante de un grupo de hombres en el que había obreros de las minas, ganaderos y algún matón de oficio. Uno de éstos dijo un piropo sucio a la madre de Billy y el muchacho, que con sus doce años se sentía ya hombre, castigó al atrevido con una bofetada. Después, viendo que el matón iba a pegarle cogió una piedra para

defenderse, pero un vecino del pueblo que se llamaba Ed Moulton se interpuso y los separó. Luego Ed dijo al matón que debía darle vergüenza pelear con un niño.

Vivía Ed, hombre fuerte, feo y formal —las tres efes—, frente a la casa de Billy. El muchacho, todavía resentido, fue a ver a un guarda minero, le pidió que le prestara su rifle y salió a la calle pensando que la bofetada no había sido castigo suficiente para el ofensor de su madre. El vecino Ed le salió al paso y después de una larga discusión logró, si no convencer al muchacho, por lo menos quitarle el arma.

Quedó Billy the Kid rencoroso y desazonado.

Algunas semanas después Ed —el de las tres efes— estaba en la taberna de Joa Dyer, mal llamado el Cabra, cuando le atacaron dos borrachos. Era Ed hombre de pelo en pecho, pero los dos enemigos lo tenían de veras atareado defendiéndose y el que insultó a la madre de Billy entró en aquel momento y al ver que Ed estaba en apuros fue sobre él con una silla levantada para vengarse. En aquel momento llegaba Billy the Kid que solía llevar un cortaplumas en el bolsillo. El muchacho acudió en ayuda de Ed y clavó tres veces la pequeña arma en el pecho del ofensor de su madre. La primera dio en hueso, la hoja se plegó e hirió en el dedo al mismo Kid. Las otras dos penetraron hasta las cachas. Pequeña y todo una hoja de acero puede ser mortal en la región cardíaca y el matón cayó al suelo y no tardó en morir allí mismo.

Para evitar a la justicia Billy tuvo que salir del pueblo. El hecho de que no hubiera policía regular facilitaba el que mucha gente se arrogara alguna clase de autoridad, y no faltaban guardias y *sheriffs* más irresponsables a veces que los mismos delincuentes. Si aquellos policías ocasionales hubieran sido todos hispanos, menos mal, pero los peores eran los anglos. Antrim no pudo o no quiso defender al muchacho y éste tuvo que marcharse hacia el Oeste, a Arizona.

Al salir de Silver City anduvo tres días y tres noches evitando encontrar a nadie; pero una tarde, extenuado, se acercó a un pastor de ovejas a quien pidió en español algo de comer. El pastor, sin dejar de mirarlo fijamente, le dio pan, carne y lo proveyó para el resto del viaje con tortillas de maíz y costillas de cordero. Antes de que Billy reanudara su camino el pastor le dijo:

—¿Parece que vas escapando de la justicia?

Afirmó Billy con un gesto de resignación fatalista, y el pastor añadió:

—No importa, y no tienes que explicarme el motivo. A tu edad es posible que no tengas culpa ninguna, y si la tuvieras a mí no me incumbe, que no soy un pinche juez.

A pesar de esas palabras Billy le contó lo sucedido. El pastor lo escuchaba entre curioso y admirado y al final le dijo:

—Hiciste bien, porque desde que Cristo andaba por los caminos la madre tiene que ser sagrada para el hijo. Ya lo sabes. Si necesitas de mí otra vez aquí me encontrarás. Lo que tenga, salvo dinero, tuyo es. Y dinero porque tampoco lo tengo yo. Buena suerte y que Dios te ayude, hermano.

Siguió Billy su camino confortado y más seguro de sí, pero al oscurecer, con los pies sangrantes, se acercó al rancho de un hombre malhablado, tuerto de un ojo, que se llamaba McKnight, y con las primeras sombras de la noche pudo entrar en los establos, desatar un caballo y llevárselo.

Galopaba el Kid por aquellas llanuras grises como un indio bravo. Se sentía ya a salvo porque el caballo era bueno y respondía gustoso a la espuela.

Días después apareció en Fort Bowie, pero en lugar de un jinete iban dos. El compañero de Billy tampoco parecía estar en buenos términos con la justicia, era también de pocos años y cambiaba tantas veces de nombre, según la gente con quien trataba, que Billy, no pudiendo recordar ninguno de ellos, decidió llamarlo Alias.

Alias y Billy vendieron el caballo y con el dinero pudieron comprar víveres y reponer energías. Luego siguieron el camino a pie, pero esta vez armados contra el peligro de los indios apaches por los soldados que, compadecidos, les dieron un rifle viejo, una pistola y algunas municiones.

No eran aquellas tierras para andar siempre a pie. Fort Bowie está en el condado de Pina, en Arizona, tierra brava. Los chicos encontraron tres apaches con una lucida recua. Billy y su amigo Alias necesitaban dos caballos; por lo menos, uno. Trataron de comprarlo con la promesa de pagarlo más tarde, pero los indios no querían entender inglés ni español. Quiso Billy convencerlos de que debían darles un mes de crédito y probablemente habría regresado a pagarles el caballo porque solía cumplir su palabra. Los indios negaban, indiferentes.

Refiriéndose más tarde a aquel incidente, Billy solía contarlo así: «Fue un caso de *ground hog* (el *ground hog* es un animalito que señala la buena suerte a los campesinos o a los aventureros). Allí teníamos doce buenos caballos, cuatro o cinco bien ensillados, un regular surtido de mantas y cinco caballos más, cargados de pieles para vender. Había tres salvajes gozando de todo aquel lujo y negándose a socorrer a dos pobres ciudadanos americanos nacidos en buena cuna, hambrientos y con los pies doloridos. Lo decidimos Alias y yo en un momento, entendiéndonos sólo con miradas y con cautelosas indicaciones.

»Alias, que parecía valiente y capaz de todo, no tenía sin embargo como yo experiencia de sangre y aquél fue su bautismo. No había más remedio que ir por todo, ya que un caballo no podíamos robarlo sin el esfuerzo necesario para robar los doce. Y en menos de dos minutos estuvo hecho todo. Alias y yo disparamos cada uno sobre un apache diferente y fue fácil una vez los dos en tierra matar al otro. Allí los dejamos tendidos a un lado del camino, como animales después de una cacería, que casi daban pena. Salimos con los doce caballos, las mantas y el cargamento. Ya

digo que no hubo pelea alguna y que fue la aventura más fácil de mi vida».

Así lo explicaba Billy intercalando risas y exclamaciones. Tenía entonces Billy trece años y le faltaban algunos para que apareciera en su cara la sombra de la masculinidad. Su amigo tampoco había entrado en la pubertad, pero los dos imitaban bastante bien a la gente adulta según las normas de aquellas tierras. Cien millas más lejos del lugar de su aventura vendieron la recua y su carga a cuatro comerciantes reservándose dos caballos. Y bien armados y con dinero se sintieron de pronto, y por algunas semanas, dueños del mundo.

A pesar de su edad, Alias tenía ya debilidad por las *viejitas* (así decía él) y las buscaba en donde pensaba que podía hallarlas. En los *saloons* fumaba cigarros puros mareándose, bebía atragantándose, escupía por el colmillo y se dormía entre las opulencias pares del pecho de alguna picara casi siempre entrada en años.

## II

Aconsejaba Billy a Alias que no cambiara de nombre con tanta frecuencia porque en un lugar u otro acabaría por hacerse sospechoso. El otro respondía que en aquello de cambiar de nombre y en el gusto de las viejitas había salido a su abuelo.

—¿Dónde vive tu abuelo? —Le preguntaba Billy—. ¿Dónde está tu casa?

Pero Alias no respondía porque no se fiaba de su sombra. Y sin embargo entre los dos muchachos había una amistad verdadera. Alias decía: «Las viejitas fueron la perdición de mi abuelo porque le prevaricó una de ellas y allí comenzó el pobre a ir hacia abajo hasta dar con el hocico en la mera mera». Quería decir en la cárcel. Billy reía porque todo lo que decía o hacía Alias le caía en gracia. Pero el nombre verdadero de Alias no lo supo nunca.

En Tucson, Arizona, abrieron timba y Billy ganó al monte con su baraja española algunos cientos de pesos. Luego volvieron casi ricos a la tierra de Fort Bowie pasando por la de los apaches otra vez. Algunos meses después de vagar por San Simón, San Carlos y otras placitas (así se llama allí a las aldeas que han servido o sirven de aposentamiento de fuerzas) pensaron que debían salir de aquellos lugares donde Billy, con su buena suerte jugando al monte, y Alias, con su propensión a las hembras, comenzaban a llamar la atención.

No era discreto hacerse reparar.

Era Alias dos años más viejo que Billy, lo que le daba la respetable edad de quince años cumplidos. O como decía

él, quince y medio. Pero no hacía nada sin aconsejarse antes con el amigo.

Ya entonces había mostrado Billy algún sentido del humor. Cerca de San Simón sucedió lo siguiente: encontraron un grupo de ocho o diez indios montados y Billy les propuso una carrera de caballos. Llevaba un animal excelente, pero deseando despertar la codicia de los indios y haciéndose tan inocente como sugería su poca edad dijo que la competición sería entre el caballo de Alias, que era bastante flojo, y el mejor caballo que tuvieran los indios. Billy iba a montar el penco de su amigo y correría con el indio que ellos eligieran. La desventaja del Kid era evidente y los indios se daban cuenta. Puso Billy como condición que Alias se quedara esperando montado en su propio caballo —que era excelente— con todo el dinero de las apuestas y con las armas de los dos competidores.

En esas condiciones los indios no tenían nada que recelar. Pudieron haber sospechado de tantas facilidades, pero Billy sabía que la mente de los apaches no era capaz de aquellas complejidades. Los indios apostaron contentos todo lo que tenían, seguros de ganar. Alias era el depositario. Hecha la señal partieron Billy y el jefe indio, pero detrás de ellos, y al parecer por un impulso irresistible de su sangre joven, salió corriendo también el caballo de Billy montado por Alias y adelantando a los otros dos desapareció poco después en el horizonte.

La carrera la perdió Billy como estaba previsto, pero no la ganaron los indios porque el dinero lo tenía Alias. Con la boca abierta veía cada cual deshacerse en la lejanía la polvareda de los cascos del caballo fugitivo. A las protestas y amenazas de los indios respondía Billy que ellos podían repartirse la pérdida entre todos y tocaban a poco, pero que él había perdido cuanto tenía en el mundo, incluido el revólver y el caballo, puesto que el animalejo que le quedaba no le servía para nada ni podía venderlo porque nadie lo compraría. Se sentía, pues, perdido y sin remedio, ya que

era inútil pensar que con aquel caballo pudiera nunca alcanzar a Alias, a quien llenaba de maldiciones y ultrajes.

Horas tardó en convencer a los indios, pero al fin, compadecidos, le dieron de comer y al caer la tarde lo despidieron con palabras de consuelo. «El pobre es muy chamacoco y lo han engañado», comentaban entre sí. Billy siguió su camino fingiéndose triste y desolado. Los indios le decían que aprendiera de aquel ejemplo y no volviera a confiar en nadie y menos en los hombres blancos.

Ochenta millas más adelante y tres días después encontró a su amigo que le esperaba bebiendo en un *saloon* rodeado de viejitas. Rieron, se restituyeron sus posesiones y se repartieron el dinero de las apuestas. El negocio había sido redondo y los indios habían hecho el... indio, como se suele decir. Pero en aquel lugar Alias había dado como nombre propio el de Billy y éste se quedó muy sorprendido al saberlo. Se justificó Alias diciendo que suponía que los indios lo habían matado ya.

—¿Tan seguro estabas?

—Pues... era lo más aparente.

—¿Y lo dices así, pendejo?

—Tú inventaste la maula de la carrera. Fue de tu cabeza de donde salió todo el embrollo.

—Puesto a suponer —respondía Billy sombrío—, podrías suponer otra cosa. Pero, además, tanto tú como yo tenemos a cargo la vida de tres indios. Mi nombre no te mejora.

—Bah, los indios no son personas. Con decir que nos atacaron salimos del paso.

Billy, que solía guardar secretas sus propias hazañas, le contó, sin embargo, a su amigo la aventura de Silver City, donde había matado a un hombre blanco y Alias, asustado, lo miró de una manera diferente y renunció para siempre a llamarse Billy the Kid. Volvió a usar su imaginación y a inventar un apodo nuevo para cada lugar a donde llegaban.